

Cómo leer la Biblia

C. H. Spurgeon



“La luz resplandece en la tinieblas” (Juan 1:5)

Cómo leer la Biblia

« ¿No habéis leído?... ¿No habéis leído?... Y si supieseis qué significa» (Mateo 12:3-7).

Los escribas y fariseos eran ávidos lectores de la ley. Estudiaban los libros sagrados continuamente, escudriñando cada palabra y letra. Tomaban nota de cosas muy poco importantes, como cuál era el versículo que se hallaba a la mitad del Antiguo Testamento, cuántas veces aparecía una determinada palabra, e incluso cuántas veces aparecía una letra, el tamaño de la letra y su posición concreta. Nos han dejado montones de notas sobre las meras palabras de las Sagradas Escrituras. Para el caso, podían haber hecho lo mismo con cualquier otro libro, y la información habría sido tan importante como los hechos que habían tan industriosamente escogido concierne a la letra del Antiguo Testamento.

Eran, sin embargo, intensos lectores de la ley. Organizaban una discusión con el Salvador sobre un asunto concierne a esta ley ya que la conocían perfectamente, y estaban siempre listos para usar su conocimiento como un ave de rapiña utiliza sus garras para rasgar y desgarrar. Los discípulos de nuestro Señor habían arrancado algunas espigas de trigo, y las restregaban entre sus manos. De acuerdo con la interpretación farisaica, restregar una espiga de trigo era una manera de trillar, y, como era pecado trillar en sábado, debía serlo también restregar una espiga o dos de trigo cuando uno estaba hambriento un sábado por la mañana. Este era su alegato, y con ello y con su versión de la ley del sábado, se acercaron al Salvador. Jesús solía llevar a menudo la guerra al campo del enemigo, y así lo hizo en esta ocasión. Fue a su propio terreno y les dijo: « ¿No habéis leído? » Esta era una pregunta muy cortante para los escribas y fariseos, aunque aparentemente no hay dificultad alguna en ella. Era la pregunta más natural y correcta que podía hacerles. ¡Ah, pero el hecho es que se la planteó a ellos! « ¿No habéis leído? » « ¡Leído! », podían haber dicho, ¡Cómo! ¡Nosotros hemos leído la ley muchas veces! ¡La leemos siempre! ¡Ningún pasaje escapa a nuestros ojos críticos!” Pero nuestro Señor vuelve a plantear la pregunta otra vez: « ¿No habéis leído? », como queriendo dar a entender que no la habían leído nunca, aunque, como sabemos, eran los mejores lectores de aquel tiempo. Lo que les estaba insinuando era que no la habían leído nunca, y de paso les dio la razón por la cual les había preguntado si la habían leído. Les dijo: «Si supieseis qué significa», como queriendo decir: «No la habéis leído porque nunca la entendisteis. Conocéis las palabras, habéis contado las letras y habéis marcado la posición de cada versículo y palabra, y sabéis muchas cosas acerca de cada libro, pero no tenéis ni idea de cómo leer, porque no habéis aprendido cómo hacerlo; no entendéis, por lo tanto se puede decir que no leéis. Sois simples ojeadores o contempladores de la Escritura. No la habéis leído porque no la comprendéis». Este es precisamente el primer punto de esta disertación.

1. Entender lo que leemos

Creo que no necesito señalar la necesidad de leer las Escrituras. Ya sabemos cuán necesario es alimentarnos con la Palabra de Dios. ¿Necesito preguntarte si lees la Biblia o no? Nos encontramos en una época en la cual se leen muchas revistas y periódicos, pero no la Biblia como debiera ser. Antiguamente en Inglaterra se tenían pocos libros, pero la gente tenía una biblioteca en un solo libro: la Biblia. ¡Y hay que ver cómo lo leían!

¡Qué poco de la Escritura se encuentra en los sermones modernos en comparación con los de aquellos maestros de la teología, los puritanos! Casi cada una de sus frases parece arrojar luz sobre un texto de la Escritura, no solamente aquél sobre el que están predicando, sino muchos otros que salen a la luz en el transcurso del sermón. Yo le pediría a Dios que nosotros los ministros nos mantuviésemos más cerca del antiguo y gran Libro. Si así lo hiciéramos, seríamos predicadores instructivos, aunque no estuviésemos al tanto de las «nuevas corrientes» o del pensamiento moderno.

Para los que no tienen que predicar, el mejor alimento es la misma Palabra de Dios. No digo que los sermones y los libros no sean buenos, pero los arroyos pierden su natural frescura conforme se deslizan desde el manantial, incorporando en su recorrido impurezas a esa agua, una vez pura y ahora diferente. Siempre es mejor beber del manantial que de un depósito. Encontrarás que leer la Palabra por ti mismo (leer, no

simplemente oíjar) es la manera más segura de crecer en la gracia. Debemos beber de la leche pura de la Palabra de Dios, y no de la adulterada con el agua de las palabras del hombre.

Lo que quiero demostrar es que mucha de la lectura bíblica que hoy se hace ¡no tiene nada bíblico! Los versículos se deslizan delante de nuestros ojos, y las frases planean por nuestras mentes, pero realmente no leemos. Un antiguo predicador solía decir que la Palabra de Dios circula libremente hoy en día, ya que por un oído entra y por otro sale: esto es lo que pasa con algunos, que pueden leer mucho porque no leen nada. Los ojos miran, pero la mente no piensa, no medita. Se comportan como los pájaros que vuelan pero no construyen nidos donde reposar. Esta clase de lectura no merece el nombre. La esencia de la verdadera lectura es entender lo que se lee. Leer no es simplemente ponerse delante de un libro.

Existe lo que podríamos llamar «orar en la oración», un orar que es el corazón de la oración. De igual manera en la alabanza hay un alabar en el cántico, un fuego interno de intensa devoción que constituye el meollo y significado último del aleluya. Lo mismo debe ocurrir con la lectura de las Escrituras. Debe haber una lectura viva, fogosa, verdadera de la Palabra de Dios. Esta es la lectura que nuestras almas requieren. Pero si no leemos así, la lectura se convierte en un mero ejercicio técnico que no sirve para nada.

No entender lo que leemos equivale a no leer. Algunos se consuelan con la idea de que por haber leído un capítulo ya han realizado una buena acción, aunque no hayan entendido nada. Esto no pasa de ser una superstición. Leer sin entender es como leer un libro al revés. Igualmente, si tuviésemos un Nuevo Testamento en griego, sin entender esta lengua, sacaríamos el mismo provecho mirándolo que leyendo el Nuevo Testamento en español sin comprender con el corazón lo que leemos.

La letra no salva el alma. La letra mata en muchos sentidos, y nunca puede otorgar vida. Si te quedas sólo con la letra, puedes ser tentado a usar esta misma letra como un arma contra la verdad, al igual que los fariseos. Tu conocimiento de la letra puede engendrar orgullo en tu corazón, y esto sólo serviría para destruirte.

Es el espíritu, el significado profundo y real, el que penetra en el corazón, y por el cual somos bendecidos y santificados. Llegamos a estar saturados con la Palabra de Dios, como el vellón de Gedeón; y esto sólo puede ocurrir si recibimos esta Palabra en nuestras mentes y corazones como la verdad de Dios, regocijándonos por ello. Debemos entender, pues, la Palabra; de lo contrario, no la leemos correctamente.

Ciertamente, el beneficio de la lectura debe llegar al alma a través del entendimiento. Entendiendo que haber un conocimiento de Dios antes de poder amarle. Tiene que haber un conocimiento de las cosas divinas, tal y como son reveladas, antes de poder disfrutar de ellas. Debemos procurar entender, en la medida que nos permitan nuestras mentes finitas, qué es lo que Dios quiere decir con esto o aquello. Si no es así, podemos besar el libro sin amar su contenido; podemos reverenciar la letra, sin tener respeto a Dios, que es el que nos habla en esas palabras. No nos podemos sentir alentados con algo que no entendemos, ni encontrar una guía para nuestra vida en aquello que no comprendemos; tampoco es posible moldear nuestra personalidad de acuerdo con la Palabra, si no la entendemos.

Mentes Despiertas

Si hemos de entender lo que leemos, nuestras mentes deben estar bien preparadas a la hora de estudiar la Escritura. No siempre, me parece, estamos listos para leer la Biblia. A veces, sería mejor detenernos antes de abrir el Libro. «Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es» (Ex. 3:5). No podemos tomar la Biblia y entrar en sus misterios celestiales inmediatamente después de un largo y agotador día de preocupaciones y trabajo. De la misma manera que bendecimos la comida antes de comer, así también deberíamos pedir a Dios bendición para entender su Palabra, la comida celestial. Pide al Señor que fortalezca tus sentidos de atreverte a mirar la eterna luz de la Escritura. La lectura de la Biblia es la hora de la comida espiritual. Pídele al Señor que puedas reunir todas y a cada una de tus habilidades a la hora de participar de su festín, a la hora de comer su preciosa comida. Tómallo en serio, ya que el estudio de las Sagradas Escrituras debería ser una cosa tan solemne como el adorar a Dios en su casa.

Meditar en la Palabra

Si así lo haces, pronto verás que para entender lo que lees, debes meditar en ello. Algunos pasajes de la Escritura son claros; vienen a ser benditos vados que el alma puede atravesar. Pero también hay profundidades en las cuales nuestra mente se podría hundir en vez de nadar con placer, si como somos precavidos. Hay algunos textos de la Escritura que están contruidos simplemente para hacernos pensar. Con estos medios, entre otros, nuestro Padre celestial nos educa para el cielo, haciéndonos indagar en los misterios divinos. Es por esto que dispone la Palabra de tal manera que la hubiéramos entendido. Nos la podría haber explicado e tal manera que la hubiéramos entendido en seguida, pero no le agradó hacerlo siempre así. Muchos de los velos que podemos encontrar sobre algunas porciones de la Escritura no están allí para ocultar el significado del pasaje, sino para obligar a la mente a ser activa, ya que a menudo la diligencia que desplegamos para conocer la mente divina produce unos resultados más positivos que el mismo hallazgo. La meditación y el cuidadoso examen de la Escritura fortalecen la mente para la recepción de verdades más elevadas aún.

Debemos meditar. Las uvas no dan mosto si no se las exprime. Las aceitunas tienen que ser prensadas una y otra vez antes de dar el preciado aceite. En un plato de nueces se puede saber cuál de ellas ha sido comida, porque hay un agujero muy pequeños que el insecto ha abierto a través de la cáscara; y allí dentro está comiéndose el fruto. Debemos horadar a través de la cáscara de la letra, y vivir dentro, nutriéndonos del fruto. Me gustaría ser un gusanillo así, viviendo en la Palabra y de la Palabra, tras haber horadado un agujero en la cáscara y alcanzado el más profundo de los misterios del bendito Evangelio. La Palabra de Dios es siempre más apreciada por el que más cerca vive de ella.

Sentado, el año pasado, debajo de una frondosa haya, y admirando éste que considero el más maravilloso de los árboles, pensé que yo no lo apreciaba ni siquiera la mitad de lo que una ardilla lo haría. Vi una de ellas brincando de rama en rama, y sentí que ella realmente apreciaba aquella vieja haya, ya que tenía su casa en alguna parte de la misma, en algún hueco o concavidad; aquellas ramas eran su refugio y los frutos de la haya su comida. Vivía en la haya. Era su mundo, su lugar de juegos, su granero, su hogar; era todo para ella, pero no lo era para mí, ya que yo tenía otros sitios donde descansar y comer. Con respecto a la Palabra de Dios, deberíamos ser como ardillas, viviendo en ella y de ella. Ejercitemos nuestras mentes brincando entre sus ramas, encontrando nuestro reposo y comida, nuestra medicina, nuestro tesoro, nuestra armadura, nuestro descanso y nuestra delicia. Que el Espíritu Santo nos guíe para que hagamos que la Palabra sea así de preciosa para nosotros.

Oración a su Autor

Recordemos que, para conseguir esto, debemos orar. Es maravilloso meditar en la Palabra, pero es aún más maravilloso orar inducidos por la meditación de la Palabra. ¿No me estoy, quizás, dirigiendo a alguien que no lee la Palabra de Idos, o a alguien que sí la lee, pero sin el firme propósito de entenderla? ¿Te gustaría empezar a ser un verdadero lector? Entonces debes arrodillarte y pedirle a Dios seriamente que te ilumine y dirija. ¿Quién entiende mejor un libro? Su autor, sin duda alguna.

Si quisiera estar seguro del correcto significado de una intrincada frase, y el autor de ella viviera cerca de mí, y pudiera visitarlo, llamaría a su puerta y le diría: « ¿Sería usted tan amable de explicarme qué es lo que usted estaría decir con esta frase? Estoy completamente seguro que el significado está claro, pero soy tan simple que no lo puedo deducir. No tengo ni el conocimiento ni la autoridad que usted tiene sobre esta materia, y así, sus alusiones y descripciones están muy por encima de mi discernimiento. Para usted no tiene ninguna dificultad pero es muy difícil para mí. ¿Me podría explicar, por favor, su significado? » Un hombre de bien estaría encantado de que le trataran así, y no consideraría un problema revelar el significado de la susodicha frase a tan amable lector. De esta manera, me iría convencido de haber aprendido el significado correcto, ya que lo obtuve de su origen, del autor mismo.

Así, también cuando tomamos la Biblia, debemos pedirle a su Autor, el Espíritu Santo, que nos revele el significado de lo que leamos. Probablemente, no hará un milagro, pero elevará nuestras mentes y nos sugerirá pensamientos, los cuales por su mutua relación natural nos llevarán, al final, al corazón de lo que Dios quiere enseñarnos, por tanto, busquemos de veras la guía del Espíritu. Oremos que el Espíritu nos abra los misterios secretos de su Palabra inspirada.

Empelando medios y ayudas

Por tanto, si pedimos que el Espíritu nos guíe y enseñe, se deduce que debemos estar dispuesto a usar todos los medios y ayudas necesarios para entender la Escritura. Cuando Felipe le preguntó al eunuco etíope si entendía la profecía de Isaías, éste le dijo: « ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? » (Hch. 8:31). Entonces Felipe subió con él al carro y le explicó la Palabra del Señor.

Algunos, pretendiendo ser enseñados por el Espíritu Santo, rechazan la instrucción que pueden recibir de libros o de hombres. Así no se honra al Espíritu de Dios: es una falta de respeto hacia Él, ya que si Él concede a algunos de sus siervos más luz que a otros (y es evidente que lo hace) entonces aquellos están obligados a compartir esta luz con éstos, y usarla para la edificación de la Iglesia. Pero si una parte de la Iglesia se niega a recibir esta luz, ¿para qué la dio el Espíritu? Implicaría que Dios ha cometido un error al otorgar sus dones y gracias mediante el Espíritu Santo. Está claro que no puede ser así. El Señor Jesucristo se complace en dar más conocimiento de su Palabra y más comprensión de ella a algunos siervos que a otros, y debemos aceptar gozosos el conocimiento que Él nos da, cualesquiera que sean los medios que Él elige para hacerlo.

Estaríamos llenos de maldad si dijésemos: «No queremos los tesoros celestiales que se encuentran en vasos terrenales. Si Dios nos diese sus tesoros celestiales de su propia mano, y no a través de vasos terrenales, los aceptaríamos. Creemos que somos demasiado sabios, demasiado espirituales para que no nos importen las joyas que pudiésemos encontrara en vasos de arcilla. No oiremos a nadie ni leeremos nada, excepto la Biblia; tampoco aceptaremos la luz que pudiera venir a través de un agujero en nuestro techo. Preferimos quedarnos a oscuras antes que ver por medio de la luz de la vela de otro hermano». Hermano, no caigamos en tal estupidez. Si la luz viene de Dios, y es un niño quien la trae, aceptémosla gozosamente. Si alguno de sus siervos (bien sea Pablo, o Cefas) ha recibido luz de Dios, he aquí, «todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1.ª Co. 3:22, 23). Por tanto, aceptamos la luz que Dios ha encendido, y pidamos que por gracia podamos hacerla brillar sobre la Palabra de Dios para que, cuando la leamos, la entendamos.

No deseo decir nada más acerca de esto, aunque me gustaría remarcar algo. Tenemos Biblias en casa, ya lo sé. También sé que no nos gustaría estar sin ellas y que pensamos que seríamos paganos si no las tuviésemos. Las tenemos muy bien guardadas y son ¡muy, pro muy bonitas! No están dobladas ni rotas, y no es probable que lo están nunca, ya que sólo salen los domingos ¡para que les dé el aire un poco!, y es resto de la semana están bien guardaditas junto con el pañuelo de la chaqueta del traje de los domingos.

Si no leemos la Palabra, ni buscamos en ella, ¿cómo podemos ser bendecidos por Dios? Si creemos que no merece la pena buscar tesoros celestiales, difícilmente los encontraremos. Ya he repetido muchas veces que escudriñar las Escrituras no es el camino de la salvación. El Señor dijo: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo». Sin embargo, la lectura de la Palabra a menudo guía. Al igual que el oír, a la fe; ésta trae salvación, ya que la fe viene por el oír, y la lectura es una forma de escuchar. Mientras busquemos conocer el Evangelio, al Señor puede placerte bendecirnos.

Pero ¡qué lectura de la Biblia más pobre e incompleta realizan algunos! No quiero decir algo que, por ser demasiado severo, no sea estrictamente cierto (dejemos que hablen nuestras conciencias), pero permítame preguntar: « ¿No leen muchos la Biblia demasiado deprisa? » Un breve pasaje, ¡y ya está! ¿No olvidan muy pronto lo que han leído y pierden lo poco que han asimilado? ¿Cuántos están dispuestos a conocer su corazón, su jugo, su vida, su esencia, y beber de ella? Si no hacemos esto, repito que nuestra lectura es miserable, muerta, inútil. No merece la pena siquiera llamarla lectura. El Espíritu nos dé arrepentimiento en este sentido.

2. Buscando la enseñanza espiritual

Creo que este punto se encuentra en el texto que estamos considerando, porque nuestro Señor dice: « ¿No habéis leído?... ¿No habéis leído? ». Y luego añade: «Y si supieseis qué significa». El texto que estamos citando era: «Misericordia quiero, y no sacrificio». Un texto tomado del profeta Oseas. Los escribas y los fariseos enfatizaban la letra, el sacrificio, la ofrenda de bueyes, etc. Pasan por alto la enseñanza espiritual del pasaje: «Misericordia quiero, y no sacrificio». Está claro que Dios prefiere que nos preocupemos por nuestros semejantes, más bien que de observar cualquier ceremonia de la ley que haga pasar hambre o sed y cause por ellas la muerte a cualquiera de las escrituras que Él hizo con sus propias manos. Deberíamos haber olvidado lo

exterior y observado más atentamente qué es lo que realmente decía el texto, y cuál era su significado espiritual. Así es como nosotros también debemos leer, buscando la enseñanza espiritual.

Es muy importante tener en cuenta que ésta debe ser nuestra actitud cuando leemos los pasajes históricos. « ¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer ni a él ni a los que con él estaba, sino solamente a los sacerdotes? ». Esta es una de las porciones históricas de la Escritura que deberían haber leído buscando una enseñanza espiritual.

He oído a algunas personas decir: « ¿Sabes?, yo no leo las partes históricas de la Escritura ». Querido amigo, los que hablan así no saben lo que dicen. Te puedo decir, por experiencia, que algunas veces he encontrado enseñanzas muchísimo más profundos y espirituales en la históricas del Antiguo Testamento que en los Salmos. « ¿Cómo es eso posible? », me dirás. Mi experiencia es que cuando se alcanza a penetrar en los profundos misterios espirituales de una historia, podemos quedar, a menudo, sorprendidos de la claridad con la enseñanza penetra en nuestra alma.

Algunos de los más maravillosos misterios de la revelación se entienden mejor a la luz de las historias que los relatan que a través de una mera descripción verbal de los mismos. Cuando tenemos una afirmación para explicar una ilustración, ésta expande y vivifica la afirmación. Por ejemplo, cuando el Señor quiso explicarnos qué es la fe, nos remitió a la historia de la serpiente de bronce. Estoy convencido de que esta idea de lo que es la fe, el mirar todos aquellos que habían sido mordidos por serpientes a la de bronce, se nos muestra a todos con mucha más claridad que cualquiera de las explicaciones, maravillosas sin duda, que incluso Pablo nos dio. No debemos despreciar nunca las partes históricas de la Palabra de Dios, y si resulta que no podemos aprender nada de ellas, mejor sería que dijésemos: «Esto se debe a mi necedad y simplicidad. Oh Señor, dignate iluminar mi mente y limpiar mi alma». Cuando el Señor conteste esta oración, verás que todas y cada una de las partes de la Palabra de Dios fueron dadas por inspiración, y por tanto ha de sernos de laguna utilidad. «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (Sal. 119:18).

Esto que acabamos de decir es también cierto con respecto a todos los preceptos ceremoniales, ya que el salvador continúa diciendo: « ¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa? ». No hay ni un solo precepto en el Antiguo Testamento que no tenga un significado profundo y especial. Por tanto, no pasemos de largo el libro de Levítico, o digamos: «No puedo leer estos capítulos en los libros de Éxodo y Números. Son todos acerca de las tribus y sus estandartes, las etapas en el desierto y las paradas, el tabernáculo y su mobiliario, o acerca de corchetes y vasos de oro, tablas, basas, piedras preciosas, azul, púrpura y lino fino». Detengámonos un momento, y busquemos su profundo significado, el verdadero. Al igual que la parte más valiosa y preciosa del tesoro de un rey es la más guardada y difícil de encontrar, así ocurre también con la Escritura.

¿Has ido alguna vez a la biblioteca del Museo Británico? Hay muchos libros que cualquier lector puede tomar cuando desee. Hay otros para los que se necesita cumplimentar una tarjeta. Pero hay algunos otros que no se pueden tomar si no se tiene una orden especial; sólo de esta manera se abren puertas antes cerradas, se abren cajas cuidadosamente embaladas y entonces, y sólo entonces, el lector puede examinar el libro, aunque bajo la atenta mirada de un vigilante. Así, igualmente, hay doctrinas preciosas, escogidas de la Palabra de Dios, que se encuentran en cajas como el Levítico o el Cantar de los Cantares, y desde luego, no podemos obtenerlas sino abrimos ciertas puertas; el Espíritu Santo debe estar con nosotros, de lo contrario, nunca alcanzaremos esos tesoros. Las más grandes verdades se encuentran tan bien escondidas como los tesoros reales de los príncipes; por tanto, escudriñemos al mismo tiempo que leemos. No nos quedemos satisfechos con leer acerca de una determinada ceremonia, busquemos su significado espiritual, ya que en esto consiste la verdadera lectura. No habremos leído realmente hasta que no hayamos alcanzado el verdadero sentido, el espíritu de los que leemos.

Ocurre exactamente lo mismo con las afirmaciones doctrinales de la Palabra de Dios. Desgraciadamente, he podido observar personas

3. Este tipo de lectura es útil

Por último, esta manera de leer las Escrituras, que implica entender y penetrar en la espiritualidad de su mensaje, y descubrir en ellas a la Persona divina, es útil; como dice el Señor: «Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio, no condenaréis a los inocentes».

No tengo tiempo para seguir hablando de estos beneficios, pero me gustaría decir, como resumen, que la lectura diligente de la Palabra de Dios, así como un firme propósito de descubrir su significado, engendra vida espiritual. Somos engendrados por la Palabra de Dios; es el instrumento usado para nuestra regeneración. Por lo tanto, ama tú la Biblia, mantente cerca de ella. Tú que buscas al Señor, debes creer, en primer lugar, en Jesucristo. Pero mientras estés en oscuridad y tinieblas jama tu Biblia y busca en ella! Lévala contigo cuando te acuestes, y cuando te levantes por la mañana, si es demasiado temprano para salir de tu cuarto molestando así al resto de la familia, lee en la misma habitación por media hora más. Di: «Señor guíame a leer la porción de Escritura que pueda servirme de bendición. Ayúdame a entender cómo yo, un pobre pecador, puedo reconciliarme contigo». Recuerdo que cuando yo empecé a buscar al Señor, recurrí a mi Biblia y algunos otros libros como «Llamada a los Inconversos» de Baxter, «Alarma» de Alleine y «Origen y Progreso» de Doddridge, ya que yo pensaba: « Me temo que perderé, pero quiero saber por qué. Siento que nunca encontraré a Cristo, pero esto no será porque no le haya buscado». Este era el temor que me perseguía constantemente. Pero dije: «Lo encontraré, si es que puede ser encontrado. Leeré, pensaré». Nunca ha habido un alma que habiendo buscado sinceramente a Dios, y con todo corazón, no lo haya encontrado, y que no haya sido llena con la preciosa verdad de Cristo. Después es cuando nos damos cuenta de que Él ha estado siempre allí, y que nosotros, pobres y ciegas criaturas, estábamos en tal laberinto que no podíamos verlo. Aférrate a la Escritura, la Escritura no es cristó. Pero es la guía que te llevará a Él. Sigue su guía fielmente.

Cuando hayas sido regenerado y hayas recibido nueva vida, sigue leyendo, ya que la lectura te confortará. Verás más de lo que El Señor ha hecho por ti. Aprenderás que has sido redimido, adoptado, salvado, santificado. La mitad de los errores de este mundo proceden de aquellos que no han leído la Biblia. ¿Crearía alguno que el Señor dejaría perecer a uno de sus queridos hijos si leyese un texto como éste: «Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano»? leyendo esto me convenzo de la perseverancia final de los santo. Lee, por tanto la Palabra de Dios y te será de mucho consuelo.

También te servirá de alimento. Es tanto tu comida como tu vida. Escudriñala, y te fortalecerás en el Señor y en el poder de su fuerza.

Además, te servirá de guía. Los mejores cristianos, los que caminan más cerca de Él, son aquellos que más leen y guardan la Palabra de Dios. A menudo, cuando no sepas qué hacer, verás un texto que sale de la Escritura y dice: «Sígueme». Algunas veces he visto una promesa de dios brillando delante de mí, como brillan los faroles en la calle. Sólo un toque, y una frase o designio resplandece. He podido comprobar cómo un texto de la Escritura ha iluminado así mi alma. He conocido que era la palabra de Dios para mí, y he continuado mi camino regocijándome.

Encontrarás miles de ayuda si realmente lees este maravilloso Libro. Al entender mejor las palabras, lo apreciarás más, y conforme envejeczas, la Biblia crecerá contigo, y llegará a ser tu manual de devoción senil, al igual que anteriormente fue un libro de historias para niños. Además, siempre será un libro nuevo para ti; como si fuese una nueva Biblia, que se hubiera impreso ayer, y en la cual nadie hubiera leído ni una sola palabra. Y será incluso más preciosa por todos los recuerdos que evoque en nosotros. Conforme vayamos pasando páginas, éstas nos irán trayendo a la memoria los acontecimientos de nuestra vida, que no serán olvidados en toda la eternidad, sino que permanecerán para siempre junto con las promesas de gracia. Que el Señor nos enseñe a leer su Libro de Vida que Él ha abierto ante nosotros aquí en la tierra, para que nosotros podamos leer claramente nuestros títulos en el Libro de Amor que todavía no hemos visto, pero que será abierto el último y gran día.

Iglesia Bautista de la Gracia AR

INDEPENDIENTE Y PARTICULAR

Calle Alamos No. 351
Colonia Ampliación Vicente Villada
Cd. Netzahualcóyotl, Estado de México
Teléfono: (5) 793-0216

1 Cor. 1:23 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado...